

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL

Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

DIRECTOR:

ROBERTO A. GUIDI

AÑO 1

NÚM. 8

FEBRERO DE 1914



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

U. 123

ESTUDIOS ECONÓMICOS

ORIENTACIONES DE LA CULTURA NACIONAL

La amable invitación que se me ha hecho para que colabore en esta revista, dirigida como está a un hombre que no vive consagrado al estudio de la especialidad de que ella es autorizado exponente, tiene su origen, sin duda, no en la preparación que pudiera suponerse sino en la simpatía que siempre manifesté en favor de la fundación de la Facultad de Ciencias Económicas.

Resulta así de oportunidad, y de todo mi agrado, el ocuparme de dicha institución en sus relaciones con la vida nacional, considerándola desde el punto de vista de la influencia que está llamada a tener,—y que es necesario tenga,—en las actividades que concurren al desenvolvimiento y al progreso de la república.

Entre el desgano de los indiferentes y la sorna de los atolondrados, la creación de la nueva Facultad se ha impuesto a los poderes públicos por el esfuerzo perseverante de un grupo de jóvenes animosos que, no por la vanidad de ser «doctores en comercio»,—como irónicamente se ha llamado a los que han de egresar del nuevo centro universitario,—sino por la noble aspiración de ensanchar y completar los conocimientos adquiridos, bregaron por que la primitiva Escuela de Comercio se convirtiese en fuente donde pueda beberse todo el saber de los que profundizaron la ciencia que allí tendrá su culto.

Dado el primer paso, si la obra resulta como la concibieron sus propulsores, no tardará en imponerse a la consideración pública, como sucedió con las escuelas normales, que luchando con las reservas de los unos y la franca oposición de los otros, han acabado por merecer unánime sanción de reconocimiento, porque son factores decisivos de nuestro adelanto intelectual, sobre todo en el interior, donde no sólo forman educadores conscientes que reemplazan a los mecánicos repetidores de lecturas no siempre bien comprendidas, sino que han llevado a las distintas esferas sociales una cultura general que no merece de la metropolitana.

El éxito de la nueva institución depende de sus programas y del cuerpo de profesores, ya que iniciará su labor con un plantel de alumnos que tienen acreditada consagración en el aula, circunstancia que por sí sola representa una garantía eficaz respecto de su comportamiento.

Aún aceptando que los sistemas instructivos empleados en las demás facultades existentes entre nosotros fuesen adecuados, la que próximamente será inaugurada debe diferenciarse de ellas en el carácter nacional y práctico que requiere la enseñanza de la ciencia económica en cualquier país, y singularmente en el nuestro, que por hallarse aún en formación y concurrir a ésta elementos heterogéneos, procedentes de distintos rumbos, necesita caracterizarlo todo por una acción experimental.

Por otra parte, las modalidades del país difieren tanto de las que presentan las naciones europeas y aun los Estados Unidos,—originarios de una raza sin armonías con la nuestra,—que si los programas del nuevo instituto fuesen una adaptación de los que rigen en los similares del viejo mundo o de Norte América, y el catedrático se convirtiese en un fiel observador de los textos que siguen sus coiegas de allí, no habríamos hecho obra más feliz que la de aquel que fabricó la quinta rueda del carro.

No es cosa rara advertir que el espíritu argentino,—patrióticamente acentuado en la educación primaria por los textos y por el profesor,—se va desvaneciendo en las aulas a medida que se ensanchan y se elevan los estudios; del mismo modo que el conocimiento y la apreciación de lo

que nos pertenece se reíega a segundo término, dando preferencia a lo que tiene carácter universal.

Insensato sería sostener que las fuentes de enseñanza de las jóvenes repúblicas americanas no son las antiguas civilizaciones europeas, porque lógico es que en veinte siglos se haya aprendido y experimentado más que en uno, pero, por esa misma razón de edad, lo que en un país trabajado—y a veces agotado—es pertinente, no resulta en una naturaleza joven, exuberante; del mismo modo que la medicación que da vida a un adolescente puede causar la muerte de un anciano o viceversa.

Conviene, entonces, que las escuelas y las doctrinas económicas, antes de ser aplicadas, pasen por el crisol de las modalidades y del espíritu de la nacionalidad, y que los que enseñan y los que aprenden empiecen por tener un conocimiento exacto del escenario en que operan.

La enseñanza práctica y los viajes de estudio deben constituir las piedras angulares de la Facultad de Ciencias Económicas, para que llene su misión debidamente y no sea una fábrica más de títulos universitarios, como han pronosticado los que injustamente combatieron su creación.

De ese modo vendrá a llenar una necesidad existente en nuestra escena: la formación de hombres preparados en cuestiones económicas y financieras que, en la sociedad como en las esferas gubernativas, puedan ilustrar los problemas que se planteen y concurrir a resolverlos con un criterio verdaderamente científico. Hasta ahora ese tipo no abunda en el país.

La naturaleza de los estudios de la nueva facultad facilita su encauzamiento en una tendencia nacional, dándoles fisonomía propia, y, aparte de las aplicaciones que en el orden judicial, administrativo y comercial han de asignarle las leyes, ellos pueden servir de base a investigaciones y trabajos que conviene llevar a cabo.

Las exuberancias de la tierra, la asombrosa fertilidad del suelo, han permitido que hasta ahora el desarrollo de la riqueza se realice aquí naturalmente, sin mayores procesos técnicos de generación y extensión; pero, del mismo modo que el organismo humano cede al peso de los años, la continuada explotación del campo impone el empleo de abonos.

y reactivos que compensen el desgaste, así como la diversificación de los cultivos. Y lo propio sucede en todos los órdenes de la actividad.

A ese estado podemos llegar, y conveniente es irse preparando para no sufrir la sorpresa dolorosa del suceso. Tenemos el ejemplo de nuestros vecinos: el Brasil es presa de una crisis aguda, ocasionada por la desvalorización de sus dos principales productos de exportación: el café y el caucho, que representan el 84 por ciento de la producción del país, que ha sufrido en el año 1913 una disminución de nueve y medio millones de libras esterlinas comparado con el que le precedió, lo que determina un saldo de cinco millones en contra de la balanza comercial. Al otro lado, Chile atraviesa por una situación financiera y económica tan delicada que ha hecho pensar a más de un estadista en la conveniencia de enagenar los «dreadnoughts» para obtener recursos con que darle solución, y el porvenir se ve oscurecido por la amenaza de la desvalorización de su gran fuente de recursos, el salitre, que empieza a ser reemplazado por nitratos de elaboración artificial.

Múltiples circunstancias autorizan a pensar que no han de producirse entre nosotros tales fenómenos, pero el progreso ofrece tantas sorpresas que nunca será bastante lo que haga la previsión humana ante posibles adversidades del mañana ignoto.

Ese campo de la previsión está poco trillado entre nosotros. La vida fácil y cómoda hace que la atención de los hombres, en general, no se concentre en meditaciones sobre la posibilidad de un alto en la marcha ascendente del país, y menos se piense en los medios a emplearse para contrarrestar sus efectos.

Sin embargo, la economía general no debe prescindir de esos elementos, y siendo la ciencia económica la que ha de proporcionarlos, quienes a su estudio se consagren están llamados a ser factores eficaces en la vida de la república.

Y lo serán, seguramente, si la Facultad de Ciencias Económicas es, ante todo, un instituto práctico de cultura genuinamente nacional.

CLAUDIO R. POZUELO.